

A tiempo.

Buenos Aires. Primeras décadas del siglo XX.

Altas pilastras del edificio de estudios artísticos. Discreta estatura del alumno que ingresa por primera vez. Rústicos peldaños de granito sin pulir. Bien lustrados sus zapatos acordonados. Fachada neoclásica defendiendo el prestigio de antiguas civilizaciones. Atisbo de sonrisa imperceptible ante el inminente abordaje de las artes admiradas.

Más allá de la bedelía, se abre un amplio pasillo hacia los salones de clase. Las voces lo orientan.

¡Qué algazara la del inicio del curso! Griterío de jóvenes que entrecruzan saludos con brazos alzados de extremo a extremo del aula-taller. Espaldas palmeadas a rabiarse en son de bienvenida. Risas de camaradería reanudada al inicio del otoño. Dos muchachos desgarrados se fusionan en un abrazo interminable. El aire huele a juventud y a fragancias de dudoso buen gusto. Algún choque de caballetes portátiles. Más de una paleta cae al piso. Los comienzos son siempre una mezcla de emociones, positivas la mayoría, aunque no todas: la severidad del profesor, la frustración cuando la inspiración se vuelve esquiva, la posibilidad de reprobar.

Indiferente a las conjeturas estudiantiles, con la serenidad que su trayectoria vital le acumuló, entra a la sala, expectante y silencioso el último alumno del curso. Impecable en su traje de corte inglés, solvente, busca conectar una mirada cualquiera que le habilite a sentir su pertenencia al aula.

Se tardan en verlo. Más que tardarse, se niegan a registrarlo. Evitan mirarlo, porque tras la conexión visual es forzosa la palabra y nadie tiene ganas de dialogar con un viejo, menos el primer día de clase donde todo debe ser desenfadado.

¿Qué papel jugará ese hombre allí? ¿Estará de paso hacia otra sala? Sus canas, su traje formal y su porte firme denuncian atributos docentes. Demasiado elegante para manipular pinceles y pomos de pintura. Claro: siempre está el recurso de cubrirse con la bata. Aunque le falta ese toque de bohemia, el sello de quien desea presumir de artista. Y este tipo no lo parece.

Los más audaces lo miran sin disimulo. Se siente observado. ¿Serán tímidos? ¿Por qué no acercarse y abordarlo abiertamente? Él satisfaría sus interrogantes. Le simpatiza la juventud. Sentimiento no recíproco por lo visto.

Desde una distancia prudencial hacen el escrutinio de su probable nuevo compañero viejo. El más ladino se acerca respaldado por tres compinches, socios en la burla. Finge interés y respeto, aunque su rostro muestra tangible la ironía.

\_ Así que empieza clases de pintura, ¿no? ¿Primera vez con los pinceles?

\_ Bueno...la pintura me ha gustado toda la vida...

\_ Lo que es mucho decir en su caso, tercia uno de ellos. Ignorando la interrupción, continúa respondiendo:

\_... Pero dedicarme a estudiar en serio recién ahora.

\_ ¿No le parece un poco tarde? A su edad...

\_ Opino y defiendo que nunca es tarde para aprender.

Se envalentona otro con un epíteto: \_ Le adelanto que el profesor es exigente y usted deberá dedicar muchas horas. Le resultará agotador.

\_ Yo me siento con fuerzas; ganas no me faltan.

\_ No es cuestión de ganas, apunta otro, es de resistencia. Hay jornadas de cinco y hasta seis horas.

Pronto el pequeño grupo capturó la atención de todos en el recinto, que se fueron nucleando como peces encandilados saboreando diversión ante lo inusitado de la escena. Preguntan sin esperar respuesta en una competencia de agudeza retórica y desparpajo por lucir su inventiva frente al grupo. Desoyen las réplicas de su interlocutor. Algunos, satisfecho su afán de burla, se apartan.

Dos jóvenes avergonzados de sus congéneres proponen temas triviales, como el clima o el tránsito, para aligerar la atención, molestos con el proceder de sus compañeros, quizás pensando en el afecto que les generan sus propios abuelos.

El nuevo está decepcionado. Este rechazo no figuraba en su proyecto de aprendizaje. ¿Solo los jóvenes están habilitados a ampliar conocimientos? ¿Acaso los adultos mayores no son arcas rebosantes de experiencia tesoro que puede enriquecer a todos en su entorno? ¿Hay una edad para frenar la ilusión de aprender?

Con el mismo vigor que enfrentó los desafíos que le planteó la vida, piensa dar la espalda a críticas y preconcepciones, y aprovechar al máximo las clases de pintura.

¿Acaso la institución le negó la matrícula cuando registró su edad? Estaba en su derecho y lo haría valer.

Súbitamente se silencian las voces. Se apartan los alumnos en oleada simétrica para dar paso al docente. Éste, visualiza al nuevo y desde varios metros de distancia extiende sus brazos en un saludo anticipado y sus labios en una amplia sonrisa de admiración.

\_ ¡Oh! ¡Qué sorpresa! Bienvenido. Usted debe ser el profesor Santarelli de la Academia de Florencia. Lo esperábamos la semana próxima. ¿Se adelantó el vapor?

\_ Me está confundiendo usted. Yo estoy aquí en calidad de alumno.

\_ ¿De alumno?

\_ Sí, de alumno. No se extrañe. No se imagina usted el entusiasmo que me anima. Me siento tan jovial como estos chicos que serán mis compañeros. Hace tiempo que deseaba pintar en exclusiva.

\_ ¿Y por qué no lo hizo, amigo, a la edad apropiada?

\_ La vida, profesor, la vida me planteó otras urgencias, de las que no reniego. Esto será un nuevo comienzo.

\_ ¡Lástima que fuese algo tarde! Perdón; pensé en voz alta. Siempre se puede hacer algo y algo haremos. Me agrada su entusiasmo. Con paciencia y dedicación, más mi ayuda, verá que se dará el gusto de pintar alguna que otra obrita.

\_ Agradecido.

\_ No me ha dicho su nombre.

\_ Pedro Figari, para servirlo.

Seudónimo: Macachín